

AIRE DE MAR

¡Soledad Caballero!

Reprimo mi entusiasmo porque estoy sola en el momento del reencuentro.

Casualmente ayer vi en televisión unas imágenes de Cáceres y, como nunca he estado, Cáceres es para mí sinónimo de Soledad... y ahora me entero que no, que ya no vive allí, que ahora está en Madrid... ¡y que trabaja en IBM! Lo que son las cosas: cuando íbamos a primero de BUP los de segundo nos llamaban, con sorna por supuesto, los “ibeemes” porque nuestra media de notas era alta y algunos profesores hacían odiosas comparaciones entre aulas. Lo encajamos bien, compartiendo bromas con los vecinos de pasillo. Soledad contribuía con creces a este mote porque obtenía calificaciones excelentes... Yo no. Yo era una negada para todo lo que estuviera relleno de números y pertencí al desprestigiado “club de los torpes” hasta que llegamos a los cursos donde se dividían letras y ciencias - ahora comprendo que la separación, como todas las fronteras administrativas, es falsa-

Pero Soledad ya no estaba, porque sólo estuvo de paso en la tierra del cava.

Soledad –¡con dieciséis añitos en mi cabeza y ya madre de tres criaturas!- en un ataque de nostalgia, lanzó una botella con mensaje en el océano de Internet. Tecléo mi nombre en “Google” y apareció esta web, entre otras referencias... ¡Y pudo contactar conmigo! (¡gracias Pedro!)

Y el lenguaje binario se convierte en un ritual para recibir buenas nuevas de Soledad Caballero. Cuenta brevemente cómo ha sido su vida, me presenta virtualmente a sus hijos, pregunta por nuestra entonces inseparable Lluïsa y hablamos, entrecruzando mensajes, de José Ramón, de Piter y de las Montses, los Siscus y los Jordis. Le comento que ya no vivo tampoco en Catalunya y que con algunos mantengo un cierto contacto, pero que otros se han quedado eternamente adolescentes para mí, como para ella.

En la foto que me manda está igual como la recuerdo...

Necesito compartir este momento. Y lo hago ahora mismo, en un medio nacido con la ciencia y la tecnología que antaño me amenazaba con los suspensos.

Sí, Soledad, tienes razón, nos volvemos nostálgicas con los cuarenta. Prometemos escribirnos. Tal vez se quede aquí la historia, en promesa, pero el momento emotivo no me lo quitan ni los dioses.

Salgo a la calle vestida con sonrisa y manga corta. Me invade un ligero aroma de sal. Se me olvida que la ría –está aunque no la vea- se llena de mar, lleva el mar tierra adentro, hasta el barrio de San Inazio.

Cierro los ojos y paladeo el nombre de nuevo “Soledad Caballero, Soledad Caballero” Creo notar la fragancia de la uva reposando, fermentando, que entraba en clase los días de ventanas abiertas.

Respiro hondo y vuelve la mar.